

EVA REDIMIDA

Desde la buhardilla la ciudad se veía como una selva de zarzas y espinos. Antaño lo que ahora era una selva había sido un cálido jardín colorista. Eva contemplaba desnuda la vista desde su pequeño y desvencijado balcón. Durante toda la noche había estado meditando hasta que por fin el día llegó. La joven entró en su habitación, lanzó una última mirada a la ropa posada sobre una silla de mimbre y salió desnuda a la calle. Valientemente andaba por las calles con la mirada alta. La ciudad se empezaba a quitar las legañas. La espesa niebla daba paso a un sol inusual en tiempo de invierno. El cielo se presentaba limpio como un suelo de azulejo brillante. Los habitantes de la urbe comenzaban de forma tímida a invadir su espacio. Eva en su caminar adelantó a una anciana. Ésta ,al verla , empezó a balbucear con cara de asombro palabras de recriminación. La vieja muda destrozaba las palabras como la joven había roto por un instante su visión del mundo. Enseguida otra anciana se aproximó a la muda e hizo de traductora: ¿ Cómo se le había ocurrido a esa joven salir desnuda a la calle? ¿ Acaso no sabía que las personas tenían que taparse?. Eva se sintió herida . Por un instante dudó, pero enseguida la fortaleza que le venía de lo alto la asistió para recuperar su paso decidido. Pasado poco tiempo se encontró con una cuadrilla de trabajadores de la construcción . Los hombres comenzaron, zafios , en medio de risas burlonas, a lanzarle palabras obscenas . Las palabras, como dardos, hacían blanco en el corazón de Eva y por un

instante casi se avergonzó de su desnudez. Pero Eva volvía a adoptar su aptitud firme. Siguió avanzando hasta llegar a la entrada de un colegio. Algunos niños al verla corrieron hacia ella para rodearla en un corro: vueltas y más vueltas que expresaban el ritmo de una canción cuyo estribillo machacón era la palabra “loca”. Eva, aturdida por los cantos y el movimiento acorralante de los niños, intentó salir del círculo asfixiante en el que estaba encerrada. De pronto una sirena anunció la entrada a las aulas y los niños desaparecieron por arte de magia. La joven estuvo caminando por la población durante todo el día. Muchos eran los que herían a Eva en su caminar desnudo. La noche volvió a realzar al espesa selva que resultaba la ciudad. Eva llegó a su minúscula casa cansada y descorazonada. Se dirigió a una pequeña hamaca que había en su balcón y, exhausta, se dejó caer. El frío polar que había invadido la ciudad se cebó en la joven. A la mañana siguiente su corazón dejó de latir. Su cuerpo desnudo era el de una Blancanieves a la que habían dado una manzana envenenada. Pero en su sueño Eva vio cómo la ciudad se desperezaba y en su despertar algunos habitantes salían desnudos a la calle, convirtiendo las hirientes puñaladas en forma de mirada del otro en sagradas cuentas del maravilloso rosario que eran sus cuerpos.